

## CINE POR PIEDAD

Roger Bernat, EL MUNDO 10-06-2005

Y las hemorroides le revientan en plena noche y las bragas y los pantalones le quedan bañados en sangre. Pero no vamos a amedrentarnos por eso, ¿verdad? Encontrar el coche aparcado en el descampado es un segundo, dar con ropa de recambio en el maletero, limpiarse y salir corriendo hacia el lugar donde siguen bailando los demás. Ella dice me he puesto perdida y nada más. Recuerdo este momento porque quiero hablar del agujero del culo y de la noche que son la misma cosa. Y de lo oscuro y del cine que viene a poner un poco de luz en todo esto. Como el cirujano con el bisturí en la mano que se abre paso entre tus nalgas para aliviarte una vez más.

El dolor y el placer metidos en el mismo tarro. Al principio, cuando niños, le teníamos miedo y luego ¿por qué nos acabó gustando tanto la noche? Meterse en lugares oscuros, hurgarse el culito, espiar por la mirilla, todas esas cosas que nos turbaban pero que nos producían un extraño placer acabaron cristalizando delante de una pantalla ciega. Allí sentados en la oscuridad como idiotas castigados frente a la pared. Mientras, en el exterior, la vida parecía seguir. Hay algunos que dicen hace años que no pongo los pies en un cine. Sospecho de los que viven de día, de los que nunca se esconden, de los que no necesitan olvidarse.

Sí, Muang Piang es el culo del mundo al sur de Laos. Y allí, subiendo la única calle, a la izquierda, un par de cabañas antes del bosque, hay una choza rodeada de niños. Una niña le arranca las patas a un insecto del tamaño de una castaña. El insecto hace cric-cric, cric-cric mientras ella sonríe y hace ji-jí, ji-jí. Es de noche, los niños están amorrados a las paredes de caña, metiendo el ojo por la rendija, y en el interior cincuenta adultos miran una televisión que vomita las imágenes que le manda el magnetoscopio. Es algo de guerra, como *Rambo*, qué sé yo. Y de repente, en la misma posición que los niños, me siento como en casa. Es una manera de hablar, en casa no suelo sentirme *en casa*. Así que me siento mejor que en casa.

Y *Rambo* me da igual, como me da igual el insecto al que siguen torturando. Lo que me importa es que es de noche y esa poca luz parece aliviarme de algo a lo que ni siquiera puedo poner nombre. Y entonces levanto la mirada de la pantalla del ordenador y veo en el edificio de enfrente tres ventanas iluminadas por las pantallitas de los televisores. Es de noche y nos imagino a todos nosotros agarrados a esa poca luz. Las tres ventanitas, todas las otras ventanas de esta ciudad, quizás más allá, en los pueblos, hasta en Laos. Todos siguiendo la misma terapia con la esperanza de que deje de sangrar.

¿Entiendes lo que quiero decir? Quiero decir que vayas a ver *Nadie sabe* de Hirokazu Kore-eda y todos esos niños que se estrellan en sus vidas como si fueran adultos; que vayas a ver *El cielo gira* de Mercedes Álvarez aunque tengas miedo de que una persona de 30 años tenga esa sensibilidad, como si fuera de otra generación, como si fuera una impostura. Que vayas a ver *Hierro 3* de Kim Ki-duk porque cuenta cosas sospechosas de manera tan bonita; que

vayas a ver *Las tortugas también vuelan* de Bahman Ghobadi por todo lo contrario, porque cuenta cosas de verdad de manera sospechosa. Y *Código 46* de Michael Winterbottom porque es de Michael Winterbottom. Aunque de lo negro siga brotando la sangre y el cirujano nunca de el trabajo por terminado. Ahora sí.